

# EN SUS MANOS ARDIÓ EL BOSQUE

DIEGO  
ÁLVAREZ  
MIGUEL



DESTINO

EN SUS MANOS  
ARDIÓ EL BOSQUE

DIEGO ÁLVAREZ MIGUEL

DESTINO

Destino, 2016  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto, Diego Álvarez Miguel, 2016  
© de la ilustración de la cubierta, Paula Bonet, 2016  
© Editorial Planeta S. A., 2016  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Primera edición: octubre de 2016  
ISBN: 978-84-08-16121-9  
Depósito legal: B. 16.935-2016  
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

**25 de mayo**

¿Quiénes somos?  
¿De dónde venimos?  
¿Hacia dónde vamos?  
¿Qué es todo esto que  
osamos llamar vida?

Un leve brillo en tus ojos  
solía responderme.

Conocí a Nuria una noche de San Juan. Era compañera de clase de unos amigos y habíamos coincidido en las fiestas de un pueblo a las que íbamos todos los años. Nos vimos por primera vez en la plaza, junto a unos soportales, mientras esperábamos a que el reloj diese las doce en punto y el fuego comenzase a devorarlo todo, empezando por la vertical de madera que había sido instalada en el centro del pueblo. «El fuego es capaz de cualquier cosa —me dijo Nuria—. En una casa, por ejemplo, las tuberías revientan y las vigas se debilitan, y todo lo que no es muro desaparece, se calcina.»

Nuria medía aproximadamente uno sesenta y cinco y calzaba bastante menos que yo. Llevaba unos vaqueros ajustados y una camiseta blanca no tan ajustada, y un jersey de lana menos ajustado aún y un pañuelo. En los pies, un par de Converse, y en las manos, un vaso de plástico. Comenzamos a beber y a hablar; primero del fuego, después de los estudios, más tarde de aquello a lo que aspirá-

bamos en la vida. Mis aspiraciones, mezcladas con el alcohol, resultaban absurdas comparadas con las suyas. Nuria quería matricularse en el grado superior de *jazz* y dedicarse completamente a la música. Yo ni siquiera sabía que existiese un grado superior de *jazz*. Me habló de Eliane Elias, me dijo que quería tocar tan bien y tan descalza como ella. Yo, en cambio, solo me había imaginado trabajando en una empresa como informático, cobrando dos mil euros al mes, conduciendo un Volkswagen y yendo de vez en cuando de vacaciones a la playa. «Eso no es la vida —me dijo Nuria—. La vida es otra cosa», y yo recuerdo que en aquel momento no supe qué decir.

Bebimos mucho aquella noche. El fuego devoró la madera y los papeles y penetró incansablemente en el cielo nublado con su llama naranja: una fuente de tinta imaginada que poco a poco teñía la noche. Se nos pusieron los pómulos y las orejas rojas y hablamos del universo. Nuria me dijo que había leído algo sobre la gravedad, sobre la curvatura del espacio, sobre algo que realmente no parecía llegar a entender del todo. Yo pensé entonces en los agujeros negros, en su masa infinita atrayendo hacia su centro cualquier cuerpo que tratase de pasar cerca de ellos. Pensé que ella se comportaba igual, como un agujero negro en medio de aquel pueblo, atrayéndome hacia su centro con toda la fuerza del universo. Estaba borracho y, en aquel momento, sentí la irrefrenable necesidad de besarla, de caerme con todo mi cuerpo sobre su boca como lo haría un meteorito sobre la tierra. *Nuria, ¿por qué me hablabas de ciertas cosas?* Soy débil como un asteroide a la deriva, pensé. Pero no pude acercarme a sus labios, tuve que mante-

nerme agarrado con fuerza al vacío (¿cómo se agarra uno al vacío?, con mucha mucha fuerza, supongo) para no echarlo todo a perder.

Bebimos y reímos, y la noche fue avanzando a pasos gigantescos. Sobre las brasas, volátiles pavesas se desprendían y animaban el espectáculo nocturno. La mayoría de nuestros amigos fueron cayendo uno a uno como moscas en la miel del sueño hasta que solo quedamos unos pocos. Recuerdo que Nuria, borracha, apoyaba de vez en cuando sus sienes contra mi hombro y tarareaba *The Weight* y se reía y me apretaba, seguramente sin pensarlo, el antebrazo con sus dedos y su cuerpo.

Tardé varios días en volver a verla. Esta vez fue un sábado por la noche en la ciudad donde ambos estudiábamos. Ella estaba con sus compañeros de la facultad y yo con los míos. La invité a una cerveza y ella me preguntó si ya había pensado en algo interesante que hacer con mi vida. Se reía. Decía que debía borrar la palabra «trabajar» de mi cabeza. «¿Trabajar? ¿Cómo alguien puede querer trabajar? Es como querer que te flagelen, no tiene ningún sentido, hay que querer otras cosas.» Juntamos los dos grupos y seguimos bebiendo cervezas. El gran agujero negro que hacía unos días había estado en aquel pueblo se había desplazado por el alto cosmos y había depositado su fuerza en el centro de esta ciudad. Recuerdo sus dientes blanquísimos llamándome al encuentro, al mordisco a la inversa, esto es, a ser mordidos. Sus manos eran largas, de pianista, y pensé que serían un buen lugar (también un buen motivo) en el que quedarme dormido para siempre.

Su cuello estaba bien medido y despejado, y su pecho era amplio y duro. Su cintura, concreta y salvaje. La vi así, una cintura que pasa entre la gente esquivando los vasos y el mobiliario urbano como un gato muy ágil.

De esta forma se fueron sucediendo las cervezas y las horas y los bares y, borrachos, los demás fueron cayendo uno a uno como moscas en la luz incandescente del cansancio. Explotaban, se esfumaban. Hasta que nos quedamos solos Nuria y yo, en una posición del tablero que desconocíamos, riendo y mirándonos alternadamente los ojos y la boca, caminando hacia casa como dos enormes animales que no pueden con sus cuerpos. De repente, sin saber muy bien cómo, al final de unos jardines, el gran agujero negro se detuvo junto a un banco y me atrajo hacia sí mismo con su sola presencia, con toda la inevitable fuerza que supongo han de tener los cielos y las estrellas. Un cuerpo arrastrado en la deriva era mi cuerpo. Eran las seis de la mañana. La noche perdía su solidez y el sol arañaba el horizonte y las nubes altas. La besé, por fin, aquella noche, y al despedirnos me dijo algo así: «Hugo, ¿qué tal si vas pensando en lo que quieres hacer con tu vida?».



**7 de abril**

He apagado el teléfono móvil y he descolgado el fijo. Me acerco a la ventana lentamente y subo las persianas. Mi reflejo en el cristal se desvanece. La cafetera inicia su rutinario soplo justo en el momento en el que, por la luz, calculo que son las diez de la mañana. No he dormido nada en toda la noche. Los recuerdos me sacuden con violencia en cuanto cierro los ojos. Me sirvo el café en una taza que se me resbala entre las manos y cae al suelo. No tengo fuerzas para agacharme y recoger los trozos esparcidos por la cocina. Está bien así, pienso, está muy bien, y me acuesto en el sofá. Con la mano derecha busco un paquete de tabaco por encima del cabecero, pero no encuentro nada. Vuelve a sonar el timbre. Llevan toda la mañana llamando al timbre, pero no hay nadie en casa. Quieren verme, temen que cometa alguna locura, supongo, pero es que no hay nadie en esta casa.

Siempre es lo mismo, siempre es la misma canción. Me aprieto el vientre y me levanto del sofá. El suelo se inclina y me obliga a dar largas vueltas alrededor de mí mismo. Me acerco a la habitación despacio, sin prisa, veo sus cosas como no las había visto otras veces. Veo su ropa colgando en el armario, camisas vacías, inservibles, como un cascarrón roto. Veo sus libros como si fueran tomos en blanco, inútiles, absurdos. Miro la cama y bajo las sábanas imagino un cuerpo y siento unas ganas terribles de vomitar. La luz de la mesita está encendida e ilumina sus gafas, y sus llaves, y un vale de descuento para un restaurante al que ya nunca iremos. Las ganas de vomitar se agarran a mi cuello y salgo de la habitación. Me deslizo tropezando hasta la cocina y meto mi mano en el armario que hay encima de la nevera. No hay whisky, ni vino, ni ningún otro tipo de licor. Siento las ganas de llorar y las ganas de vomitar entrelazándose y subiendo por mi pecho, como los tallos de dos flores que crecen trenzadas. Abro el grifo y el vaso se llena de un agua blanca y caliente que dejo caer en el fregadero. Miro el café en el suelo. Lo miro durante un buen rato. Veo algo en esa mancha, no sé el qué, algo como la silueta de un país que se sumerge en el océano lentamente. El suelo está frío y ese frío me trepa por las piernas hasta que alcanza mi vientre. Salgo de la cocina y vuelvo a la habitación. Veo sus zapatos, huecos, sujetando un aire que se cae, un aire espeso y enfermizo que se apodera de la casa, un aire denso y agotador, un aire húmedo. Abro una ventana en cada extremo de la casa y dejo que el viento la atraviese con sus cabellos transparentes. Cojo la poesía completa de Carver y me siento en el sofá. *Todos nosotros*, reza la portada. Pero

quiénes somos nosotros, me pregunto. Quizá sea hora de entenderlo. No leo más de dos páginas antes de soltar el libro y tumbarme de nuevo. Me sacudo hacia los lados, doy vueltas sobre mí mismo. Pienso en Nuria, pienso en que todo ha terminado. Pienso en mi madre, la imagino preocupada y decido llamarla. No quiero encender el móvil ni quiero colgar el fijo, así que bajo a una cabina y meto varias monedas en la ranura. «No te preocupes, mamá», le digo. Y le digo también que no, que no pienso ir a casa, que no quiero ver a nadie, que esté tranquila, que en Madrid tengo mil cosas que hacer y con las que distraerme, que le mando un beso, que gracias por el suyo.

Después entro en un bar y compro dos botellas de whisky y un paquete de tabaco. Subo a casa y me sirvo un vaso. Me echo a la boca un trago y lo escupo. El vaso cae al suelo y el whisky se mezcla con el café y los trozos de cristal con los de porcelana. Me tumbo en el sofá, cierro los ojos y noto por primera vez que las extremidades me tiemblan. Hacen algo más que temblar, se sacuden. Me dan calambres en la mandíbula de tanto apretar los dientes. Me enciendo un cigarro y aspiro el humo con todas mis fuerzas. Comienzo a toser y sigo el impulso de lanzar el cigarrillo contra la pared. Vuelvo a la habitación y me dejo caer en el suelo.

No he llorado todavía.

## **8 de abril**

No me dejes solo. Estaba escrito así en todos los lugares a los que no has mirado. En la arena cubierta por las olas, en

la roca tapada por la nieve. No me dejes solo. Así. Detrás del árbol inmenso de la juventud, al otro lado de la pared, en el fondo de los cajones, entre las gotas separadas de la ducha. Estaba escrito de esa forma: No me dejes solo. En todas las paradas de metro que no pisaste, debajo de la silla y del plato y con letras inmensas debajo del mantel. Te lo había anotado justo en el revés de la almohada, bajo la alfombra, en la parte interior de mi camisa, en la última página del último libro. No me dejes solo. Con esas letras. En el interior de la risa de un músico callejero, detrás de los escaparates de las tiendas, en todas y cada una de las paredes que doblan todas y cada una de las esquinas. No me dejes solo. Así estaba escrito y así te lo decía cuando me quejaba, cuando te decía: esta ciudad es terrible, esta rutina es un infierno, este trabajo no hay quien lo soporte. Te lo decía siempre que te decía algo, siempre que te miraba, siempre que abría o cerraba los ojos, siempre que acercaba mis labios a los tuyos. Lo decía y así estaba escrito: No me dejes solo. Y tú parecías entender canciones en todos los bordes de la historia, en todos y cada uno de los ruidos que hace el mundo cuando gira. No me dejes solo. Y tú cantabas. No me dejes solo. Y tú reías. No me dejes solo. Y tú decías: «Nunca te voy a dejar solo».

## **9 de abril**

La casa se me cae encima. Pruebo a echarme un vaso de whisky y esta vez mi cuerpo lo acepta sin rechistar. Noto una bola de fuego (bendito y horrible fuego) bajando por el esófago hasta el estómago. Pruebo con otro trago y este

me cuesta menos. De alguna forma es este fuego que imagino devorando mis entrañas y anegando mis pulmones lo que me tranquiliza. Quiero hacer algo. Quiero querer hacer algo. Me resulta insoportable estar en esta casa, pero no puedo salir, no puedo actuar, cualquier cambio de estado me resulta insoportable.

Son las dos de la tarde. Me tumbo con los ojos cerrados en el suelo del salón y pongo música. Comienza a girar el disco *Sky Blue Sky*, de Wilco, y lo dejo sonar. «*Impossible Germany, unlikely Japan...*» ¿A qué país imposible se habrá ido Nuria? Me incorporo para tomar otro trago sin ganas y vuelvo a tumbarme. Desde mi posición es imposible ver el cielo, pero lo intento, me estiro, trato de alcanzarlo con la vista. Me pregunto si estará azul, si habrá una sola nube en todo el mundo. Quiero acercarme a la ventana arrastrándome por el suelo, pero no soy capaz, me detengo mucho antes de llegar. Olvidé para qué estaba arrastrándome por el salón. Dejo que mi espalda caiga contra el suelo, vuelvo a clavar mis ojos cerrados en el techo y entrelazo los dedos de las manos sobre mi vientre. Para llorar hace falta alguien más, pienso. Se llora para alguien, no por alguien. O también, sí, pero nunca por y para la misma persona. Cuando uno cree que esto ocurre, que está llorando por y para la misma persona, lo que hace es llorar por uno mismo. «*Oh, if I didn't die, I should be satisfied, I survived, that's good enough for now.*» Una guitarra pinta de azul el supuesto cielo. Decido tomarme otro trago y dejar que el whisky disuelva y queme el nudo que tengo al final de la boca.